

"DE CÓMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ESTUDIANTE DE
LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA QUE ESTABA
ESCRIBIENDO LA SEGUNDA PARTE DE UNA OBRA
TITULADA LA CELESTINA".

Por: Sofía Jueguen Solla

Las mujercillas, grandes amigas mías, me llevaron por las casas buscando un nuevo amo para mí. Yo les decía que no me hacía falta, yo solo podía, pero ellas, yo creo que por no me aguantar más, me quisieron de allí echar. Por los mercados me llevaron, pero ningún amo me encontraron.

Una noche, cuando las mujercillas estaban dormidas, y yo no podía dormir, por propia voluntad, recogí mis cosas, que podía contar con los dedos de una mano, y escapé calle abajo. Varias razones me llevaron a tal fin, la más fuerte, la de mayor peso: que en el fondo de mi ser notaba que las mujercillas, aunque seguían tan majas como siempre, ya no me querían con ellas, ya solo les ocupaba una cama y les quitaba parte de lo poco que tenían para comer.

Después de pasarme varios días, ya no sé cuantos, en las calles, pidiendo limosnas, me topé con un peregrino un tanto singular. Pensé en seguirlo, conversar con él y convencerlo de que fuera mi amo, y pues así lo hice, lo seguí, lo paré y le dije:

- Señor, busco amo.
- Muy bien, niño, pero ahora sal de mi camino, pues si no llego a Santiago, no seré un buen peregrino.
- Pero, señor, usted podría ser mi amo- decía yo bastante desanimado, pues veía que no buscaba una boca más que alimentar.
- Niño, sal de mi camino, no necesito unas piernas cortas, sin zapatos, que no llegan a seguir mi ritmo, para llegar a mi destino.
- Déjeme acompañarlo hasta la siguiente ciudad, y yo prometo no molestar.
- Hasta Salamanca, allí te quedas y yo sigo, no hay nada más que negociar- debo reconocer que me sorprendió su decisión, no pensaba yo que aceptara de tal manera.

Pasamos varios días caminando, parando solo para descansar, y solo cuando la luna brillaba en lo alto, ya que el señor no paraba de caminar. Caminábamos en silencio, él no hablaba y yo, cuando lo hacía, me llevaba un coscorrón o un insulto, acompañado de un grito.

Cuando al fin llegamos a Salamanca, ni un adiós me dijo el señor peregrino, tan solo un seco “Salamanca”.

Estaba cansado, hambriento, y empezaba a tener bastante frío. Estaba yo acurrucado, medio dormido, intentando conservar un poco de calor en el portal de una casa, cuando vi a un señor que caminaba por la calle con un gran montón de libros y papeles en los brazos. Varios papeles se le cayeron al suelo, el señor no los vio por lo que yo los cogí y lo seguí para se los entregar.

El señor resultó ser un estudiante, no era tan señor como yo pensaba. Me dio las gracias por recoger sus papeles y me ofreció un lugar en el que dormir. No sería mi amo, pero ya no estaría en las calles y tendría un techo en el que resguardarme.

Aquella casa, de una sola habitación, estaba ocupada por una silla y una mesa, el resto libros, más libros, papeles y tinta por todas partes. El estudiante se pasaba las horas en la mesa, leyendo o escribiendo y cuando no estaba en eso estaba en la

universidad. Tanto escribía el estudiante y tan grande era la curiosidad que crecía en mi, que una mañana mientras él estaba en la mesa, yo me acerqué a él y dije:

- ¿Qué es lo que escribís o estudiáis, que ni habláis ni coméis, qué es lo que os ocupa media vida que hasta dictáis dormido, qué es eso que os impide salir, que vos no podéis dejar?

- Yo, niño, estudio y escribo, estudio en la universidad como ya deberías saber, y escribo, como afición, la segunda parte de una gran obra llamada *La Celestina*. Me encanta escribir, inventarme historias, crear un mundo imaginario, y, la verdad, niño, tengo que decirte que me ayudas aunque tú no lo sepas, tú y tus pequeñas aventuras diarias me sirven de inspiración.

- Pero, señor estudiante, yo me paso el día fuera de casa, no estoy cerca para que veáis mis aventuras. Hoy mismo pensaba deciros que me iba para dejaros escribir a solas y yo buscarme otro amo. Necesito un poco de acción, me aburre estar todo el día en casa mientras vos escribís.

Y así, después de una larga conversación con el estudiante, me fui por las calles de Salamanca buscando un nuevo amo. Debo reconocer que me sorprendió encontrarme por las calles, en las librerías, libros titulados *La Celestina*. De verdad yo pensaba que se lo estaba inventando todo, que el estudiante me estaba mintiendo. Cierto es también que me arrepentí de no quedarme más tiempo con el estudiante, allí no tenía comida, pero tenía una casa donde resguardarme, donde no pasar frío, y en las calles estaba solo, congelado y hambriento, algo que ya no era tan raro en mi vida.